

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 375

Barcelona, 11 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Aun no
han podido decir que Franco
representa al pueblo,
y no lo han dicho ni
una sola vez, porque
sería irrisorio, pero
han dicho mil veces
que representa a Dios.
(Del artículo: "Lo absoluto y la
boina").

Lo absoluto y la boina

Las radios de los facciosos son muy estimulantes. Lástima que hayan desaparecido las charlas de Queipo de Llano, jerigonza de la vaciedad, documento conmovedor de la vieja moral militarista.

Las emisiones de Franco parecen inspiradas por una de esas mentalidades que antes de alcanzar la madurez comienzan a declinar bajo la parálisis progresiva. ¡Qué necesidad impaciente de lo absoluto y qué triste manera de buscarlo, de no encontrarlo y de consolarse con sucedáneos!

«¡Ese poca-sustancia!» — dijo un día desdenosamente una mujer del pueblo que cuida mis niños refiriéndose a Queipo de Llano, de quien había oído unas frases por la radio. Con el ruido de sus propias palabras sin substancia quieren Queipo y Franco marearse a sí mismos, repitiendo las fórmulas más absolutas posibles: la «España eterna», la «inmortalidad», el «imperio sagrado», «Dios». Lo mismo que sus clarines, esas palabras querían forzar la naturaleza, superar la vida, desbordarlo todo. Radio Salamanca, por la voz de un bigardo sin dientes, que modula las palabras con el vientre, quiere elevar al delirio una cosa que es lo contrario del delirio: la idea. Claro es que la idea se niega al delirio y entonces el pobre *speaker* hace de tripas corazón y recurre al «lucero», a la «eternidad», a lo «sagrado» y lo «inmortal». Aun no han podido decir que Franco representa al pueblo, y no lo han dicho ni una sola vez, porque sería irrisorio; pero han dicho mil veces que representa a Dios.

Forzar la naturaleza en los que «cayendo inscriben su nombre encima del sol». Forzar la naturaleza que se les niega (sólo se quiere forzar lo que se niega) prometiendo la vida eterna — el cielo — a los millares de hombres que empaquetan y meten bajo tierra, después de obligarles al sacrificio en los frentes. Pero, ¿por qué forzar la realidad, la vida, la naturaleza? ¿No podrían, en lugar del delirio y el cielo, darles a los suyos esto que es tan sencillo y tan próximo: el derecho a una idea y a la tierra. Pero, de eso, ni hablar.

Una idea y un lugar en la tierra es todo lo que tenemos. Sobre ellas descansa sólidamente nuestra libertad: nuestro estado, nuestra nación, nuestra República, todo el tesoro de estos hombres de buena voluntad que luchan sencillamente — el heroísmo es sencillo, sin frases ni clarinazos; es además «sobretendido» — por su idea, nuestra idea, y por su tierra, nuestra tierra. Ese heroísmo callado y constante que no ha pensado en la locura de forzar la naturaleza ni superar la vida, porque la vida y la naturaleza se les ofrecen propicias, sino que sigue simplemente dentro de ellas con una fidelidad insensible, porque es la misma fidelidad a sí mismo de cada cual; ese heroísmo es lo que persiste, lo que permanece, lo que forma la calidad del hombre y el aglutinante seguro de la sociedad. Lo otro se quema, se volatiliza y su eco

sugiere un comentario en los oídos del sencillo buen sentido: «¡Qué poca-sustancia!»

Ese buen sentido da su esencia a lo constante y permanente. Gracias a él la vida sigue, avanza, se perpetúa, mejorando. Fué con un ladrillo sobre otro, y no con frases cabalísticas, como se han construido las ciudades. El arquitecto no necesitaba alzarse sobre las puntas de los pies para pregonar la eternidad ni inscribir su nombre «encima del sol». Esa permanencia activa del buen sentido de los hombres silenciosos y substanciosos apegados a la busca o a la conservación del bienestar — de un bienestar siempre condicionado, quiérase o no, por el de los demás — pertenece al pueblo, es su arma callada y terrible, y no está sólo en este lado de España, con nosotros, sino también en el otro, donde el pueblo sigue siéndolo. Esta capacidad de persistir del buen sentido, no es «una circunstancia más», sino quizá el factor histórico más importante y más olvidado por los historiadores oficiales. Hay quienes siguen creyendo que la naturaleza rebasada — como si pudiera ser desbordada la naturaleza — en las fórmulas sonoras de eternidad e inmortalidad, en el gesticulante figurón que «representa a Dios», es capaz de cambiar las cosas. Las cosas no cambian así. Esa fuerza, esa capacidad de persistir de las simples maneras de cada día, de lo aparentemente vulgar, del buen sentido — la boina vasca, por ejemplo, de Indalecio Prieto frente a los penachos y plumeros de Franco — concentra dentro de cada acto y cada palabra, más o menos escondido, un poder inmenso, el único poder que rinde las edades. El albañil de hoy repite los gestos del albañil del siglo VIII, recuerda sus deseos cumplidos y superados (deseos que nacen y se desarrollan dentro del instinto y a los que la experiencia y la cultura ha prestado una idea justa). Frente al delirio de los de enfrente, el albañil, el empleado, el obrero de fábrica, el campesino, hoy soldados, han ligado esa idea al cuidado de su bienestar, y luchando reivindican sus derechos a la tierra y a una idea que es ya una verdad física como la misma tierra. Ese es el sencillo milagro (para los que necesitan hablar de milagros) de nuestra resistencia y de nuestras victorias. Luchan con la misma ausencia de gestos con que trabajan en el andamio, en el taller, en la fábrica, en el campo, y en el fondo de su silencio y de su sencillez substanciosa está la única España eterna posible. La que no puede morir ni morirá nunca, cualesquiera que sean las circunstancias del porvenir. La que no murió hasta ahora, a pesar de todos los desastres y catástrofes que le impusieron los delirantes de la inmortalidad a lo largo de la sangrienta historia. Y eran delirantes de muchas más campanillas que Queipo y Franco.

Ramón J. SENDER

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Exceso de generosidad

Radio Salamanca transmitió, en su emisión del día 8 del mes actual, las siguientes palabras, que no necesitan comentario alguno, pertenecientes a una crónica del frente firmada por el Tebib Arrumi:

«Cuando ayer se capturaron unas piezas de artillería, prodújose un hecho curioso. Para el transporte de estas piezas a la retaguardia, se utilizó el concurso de varios prisioneros que obraban en poder de nuestras fuerzas. Al rato de trabajo, cansados los prisioneros del esfuerzo realizado, se sentaron en el suelo, y el sargento moro que dirigía la operación de transporte, les dijo que ellos acostumbraban a gritar «¡Franco! ¡Arriba España!», que dieran estos gritos con él. Así lo hicieron todos los prisioneros, menos uno que, sacando rápidamente una pistola, hizo varios disparos contra el sargento moro sin lograr herirle. El sargento se rehizo rápidamente, y lanzó su caballo hacia donde huía el prisionero, le alcanzó y le partió en dos con su espada. El hecho encierra la enseñanza de que acaso nos producimos con exceso de generosidad y que acaso es preciso que pensemos, como dice un proverbio árabe, que «mientras seamos cuchillo, debemos cortar», y ellos, que ahora son carne, tienen que resignarse a ser cortados.»

El golpe de estado de Berlín y la nueva actitud de Mussolini

¿Será verdad que Blomberg, el barón Fritsch y un grupo de generales y políticos, que seguían, en lo político, las inspiraciones de von Neurath y del doctor Schacht, habían preparado un golpe de fuerza para derribar a Hitler y a Goering y restablecer el imperio, con el Kronprinz o uno de sus hijos como Kaiser?

Una información de *Le Temps* de París, corroborada por otras noticias, así lo hace creer. Claro es que las notas oficiosas de Berlín lo han desmentido de modo muy agrio. Pero todos sabemos lo que valen esas rectificaciones.

Es lo cierto que Hitler, como ha publicado y comentado la prensa del mundo entero, destituyó al generalísimo y ministro de la Guerra von Blomberg, al jefe del Ejército de Tierra, general barón von Fritsch, y al ministro de Negocios Extranjeros, von Neurath. Cada uno de ellos recibió una carta del *führer*, en que se le aceptaba la dimisión por motivos de salud. Ahora bien, Blomberg recorría Italia en viaje de novios — acababa de casarse con su mecanógrafa —, Fritsch estaba en su casa bueno y sano y Neurath asistía regularmente a su despacho de la Wilhelmstrasse. Además, Fritsch fué arrestado en su propio domicilio por el jefe de Gestapo o policía política hitleriana, Himmler.

A estas destituciones siguieron nombramientos no menos significativos. Ribbentrop, ex embajador de Alemania en Londres, *nazi* ciento por ciento, reemplaza a von Neurath. Himmler asciende al Ministerio de Interior. Goering es ministro de la Guerra y feld-mariscal. Hitler se nombra a sí mismo generalísimo de las fuerzas terrestres, aéreas y marítimas del Reich y se organiza un Consejo privado, en cuya presidencia coloca, para mayor escarnio, al propio Neurath. Son cambios de mando o enviados a la reserva más de sesenta generales...

La Reichswehr, enemiga de la alianza con Italia y del pacto anticomunista; la Reichswehr que, según se ha dicho, mantenía relaciones de camaradería militar con Tukachevski, el general ruso fusilado por delito de alta traición, y quería proseguir la política bismarckiana de no agresión en el Este y el Norte; la Reichswehr, que se acuerda del daño que sufrió Alemania, al provocar las iras de Albión en 1914; la Reichswehr, donde se habían refugiado las tradiciones imperiales de los *junkers*, ha sido decapitada por Hitler y los extremistas del régimen totalitario.

Ahora bien. Recientemente — allá a mediados de enero — Blomberg leyó en Postdam, ante varios generales, un informe relativo al Ejército italiano. Decíase en él que éste, pese a las jactancias de Mussolini, ha salido destrozado de las dos aventuras — no terminadas aún, que es lo más grave —, de Abisinia y de España, y que lo menos antes de año y medio no podrá tomar parte, de un modo eficaz, en una guerra europea.

Casi al mismo tiempo que se celebraba en Postdam esa reunión de generales, se congregaban en una ciudad del centro de Alemania los representantes más calificados de la gran industria. Y se lamentaron de que se haya prescindido del doctor Schacht, único finan-

(Continúa en la página siguiente.)

La resistencia en las provincias ocupadas por los facciosos

París, 7. — La Agencia España comunica de San Juan de Luz que Radio Bilbao, en su emisión del sábado, ha declarado que «desde primeros de año la Guardia civil ha capturado en las montañas asturianas a 166 fugitivos», añadiendo que «algunas veces ha sido preciso aplicarles la ley de fugas».

Con esta confesión — dice la Agencia — los facciosos reconocen que la resistencia en Asturias y en las provincias ocupadas por los facciosos no ha terminado.

SE AUTORIZA
la reproducción de
cuanto se publica
en este DIARIO

Los diputados extranjeros que visitan España

Libertad de expresión y de movimiento

La verdad se abre paso

«Todos estamos en guerra — dice la diputada laborista Bárbara Gould—. Vosotros estáis en la vanguardia y nosotros en la retaguardia.»

Miss Bárbara Gould tiene una mirada viva, llena de inteligencia. Es diputada laborista. Ha venido a España con la delegación que representó en las Cortes españolas a la democracia inglesa. Ahora, cuando le pedimos que hable de las impresiones que ha recogido en su viaje a través de la España leal, la expresión de su rostro se ilumina.

—¡Es magnífico todo lo que hemos visto! — dice.

Acaba de llegar de Teruel. La ciudad recién reconquistada la recorrió, con sus compañeros, de parte a parte. Desde Teruel se oía el estruendo de los cañones. También se oía desde Madrid. Teruel, lo mismo que la capital de España, hace año y medio presencia los ataques desesperados de los fascistas. En la obstinación por tomarlo, deshacen el ejército y el material alemanes e italianos que habían acumulado para llevar a cabo planes ya frustrados totalmente.

Bárbara Gould ha visto por las calles de Teruel a los soldados que están descansando, contentos y seguros. Su impresión sobre Teruel la expresa con exclamaciones admirativas.

El amor más profundo de una mujer se proyecta sobre los niños. Miss Gould habla de los niños de España, víctimas de los bombardeos.

—Incrementaremos la ayuda hacia los niños—promete—. Presionaremos para que el Gobierno español pueda ejercer el comercio con toda la amplitud necesaria. Los barcos mercantes deben entrar en España libremente, sin verse sometidos al peligro de la nueva piratería. Hemos visto la magnífica organización que existe en Madrid para atender y alimentar a los niños. El esfuerzo de las autoridades que tienen a su cargo esta labor, es admirable. Los niños, dentro de las dificultades que existen para que Madrid sea provisto de alimentos, no carecen de nada. Conmueve la atención tan grande que el Gobierno de España dedica a los niños. Hay que ayudar al Gobierno español para que pueda adquirir víveres.

La diputada laborista calla unos momentos, y añade, acentuando la firmeza de sus palabras:

—El Gobierno español tiene derecho a comprar también armas. Nosotros trabajaremos porque le sea reintegrado este derecho.

Habla a continuación de la sesión de Cortes celebrada en Montserrat:

—Tanto por lo observado en el Parlamento como por lo que he visto en las ciudades y en los frentes de guerra, se ha hecho mayor mi seguridad de que los fascismos no podrán ganar jamás. Esta seguridad en ninguna otra parte se adquiere con la misma fuerza que en España. Y creo que ya no es posible dejar transcurrir más tiempo sin que los

países democráticos ayuden de lleno al Gobierno de España. Nosotros proseguiremos nuestra campaña con toda la energía en este sentido. Ya no es sólo la República española la que está en guerra. Todos estamos en guerra. Se puede decir que vosotros estáis en la vanguardia y nosotros, por ahora, estamos en la retaguardia.

Nos despedimos de Bárbara Gould cuando, junto con sus compañeros, se dispone a hacer algunas visitas. Nuestros huéspedes tienen la mayor libertad para ver lo que deseen, paseando, separados, por las calles o por donde mejor les parece, para vivir unas horas en contacto con el pueblo.

Los diputados de estas delegaciones representan todas las tendencias políticas. La República española sólo desea que la vean, que la miren, que la observen. La limpieza de su conducta, sus esfuerzos por organizar el Estado que hoy existe, tan superior al que desmoronó la traición, y sus afanes de civilización, cultura y humanitarismo, sólo pueden merecer admiración a los amigos de la honestidad. El sacrificio que lleva adelante, sin doblegar el cuerpo, sin suplicar, reclamando sus derechos dignamente, sólo respeto puede inspirar. Y estos son los sentimientos que abrigan hacia nosotros estos diputados, después de conocerlos. En este sentido se expresan. Cuando lleguen a sus países continuarán haciéndonos justicia, sin duda alguna. La verdad, aunque trabajosamente, se va abriendo paso. Y nos ayudará a vencer.

De sorpresa en sorpresa

ATERRIZAJE EN UN AERODROMO DEL FRENTE. AVIONES DE CONSTRUCCION NACIONAL Y TODOS LOS AVIADORES ESPAÑOLES

El avión ha tomado tierra en un aeródromo cercano al frente. A pesar del fuerte viento, en este casi huracanado día de cielo claro, la toma de tierra es absolutamente normal. Se posa y se fija el armatoste aéreo en muy poco terreno. Estamos en un aeródromo militar. Mientras llegan los automóviles que han de acercarnos a las líneas, hay ocasión de percibir de cerca el grado de nuestra potencialidad aérea, recorrida por el campo. Se aprecian sus buenas condiciones, su amplitud, lo firme de su terreno, su extensión. También esto ha habido que improvisarlo. Atraen los aparatos. Se inquieren detalles.

Monoplanos, biplazas, biplanos de reconocimiento. ¡Construcción nacional!

—¿Cómo?

—Sí. Estos aparatos de caza, rápidos, los hacemos nosotros. Se construyen en España. Fíjense y comprueben su estilización. Contamos con obreros expertísimos. El cosido es mucho más acabado que el de otras procedencias, de fabricación en serie o a cargo de manos poco especializadas.

¿Condiciones? Excelentes. Lo mejor para el combate. Mayor rapidez que los del enemigo. «Fiats» y «Meissersmiths» huyen ante nuestros cazas. Más de seiscientos caballos de potencia. Ve-

locidad muy cercana a los quinientos por hora.

Todo esto es interesante. No dejan los diputados socialistas y comunistas del vecino país de apreciarlo y admirarse. Pero, ¿y los aviadores?

La ocasión es propicia para que satisfagan también su curiosidad en este aspecto. La escuadrilla está preparada, de guardia, en espera del mandato de salir a combatir. Los automóviles transitan por el campo conduciendo de un lado a otro a los pilotos que se preocupan de la puesta en punto de sus aparatos para que la orden que puede llegar, telefónica, en cualquier momento, no tenga ni un solo retardo en su cumplimiento.

No se trata de una parada. El avión de pasajeros ha llegado de improviso. Por tanto, los parlamentarios galos pueden percibir una impresión viva, real. Las fotografías de las revistas, de los periódicos ilustrados que han visto con frecuencia pueden contrastarlas con el hecho tangible. Si alineáramos ahora el equipo de guardia, la vista sería la misma. Sólo destacan unos de otros en las estaturas o en la fisonomía de los rostros. Todo lo demás es uniforme. La vestimenta, la marcialidad, el espíritu... Trajes completos de cuero. Los muchachos, embutidos en esta especie de corazas flexibles que han de protegerles de las inclemencias atmosféricas en las grandes alturas, exhiben por los bajos de los pantalones, algo abiertos, las cremalleras de ajuste, el uniforme azul.

Rostro rasurado el de éste; cara sin afeitar de una semana, con pelusa propia de un imberbe, el de aquél; alguna mayor muestra de plenitud, expresada por un bigotillo recortado, en este otro. Forman línea para saludar a nuestros visitantes.

—¿Todos españoles?

—¡Todos! ¿Qué creían?

El que mantiene la conversación es jefe de escuadrilla. Menos de treinta años. Está luchando desde el principio del movimiento. Lleva doce meses seguidos de actividad; es casi un niño y resulta un padre. Con afecto de maestro va presentando a sus compañeros de aventura de todos los días. Interesan las edades. Diecinueve años. Veintidós años. Veinte años. «Soy estudiante.» «Fui obrero mecánico.» «Era soldado, y antes trabajé en una oficina...»

El estudiante — licenciado en Filosofía, en ciernes — es el más joven de todos. Habla francés correctamente y mantiene una detenida conversación con los representantes de la democracia francesa. Está amable. Ninguna pregunta queda sin respuesta. Mas no dejamos de apreciar, y sin duda tampoco el detalle se les iría a los parlamentarios extranjeros, el tono conciso, seguro, de las respuestas. Habla un estudiante de filosofía, que ya es un filósofo completo. Tiene concepción clara y dominio de la palabra absoluta. No le produce mayor emoción la entrevista a que se ve sometido. Su faz cobra más animación cuando se vuelve para dirigir una mirada de cariño a los aparatos, al compañero inse-

Declaraciones de dos diputados tradeunionistas

Madrid, 8. — Los diputados Brown y Brady, representantes de la «Trade Union's», durante su estancia en Madrid, han dicho a un reportero:

«El antifascismo cuenta en Londres con grandes órganos de opinión. Los más importantes hoy son el *Daily Herald*, con una tirada de 2.000.000 de ejemplares, y el *News Chronicle*, con 1.500.000. Inglaterra está ahora bajo la impresión de los bombardeos de los últimos barcos: el *Endymion* y el *Alcira*. Se ha reaccionado vivamente contra la intervención de Mussolini en la guerra. El Gobierno inglés ha tomado ya medidas para que cesen agresiones tan intolerables. También ha producido gran descontento la respuesta de Salamanca a la invitación para que cesasen los bombardeos de las poblaciones de retaguardia.

Ha sido una reacción violenta. Estos hechos han indignado al pueblo. «Trade Union's» y laboristas creemos que la política de presión que se ha iniciado hará que se modifique la actitud contemplativa del Gobierno inglés. Lo lograremos, ya lo creo, porque estamos decididos a salir adelante con nuestro empeño o a lograr que se marchen los representantes de tal política. Inglaterra, sin más excepción que sus grandes capitalistas, están con nosotros, con la España leal. Si ahora se hiciese un plebiscito para preguntarle a nuestro pueblo si se le entregaban armas a España, votarían que diez contra uno. Nosotros, pues, estamos seguros de conseguirlo. Contamos con el apoyo de un millón de trabajadores ingleses. El fascismo no camina hacia la victoria. Pronto lo verá el mundo. Si ha triunfado en Roma, Berlín y Viena, no ha entrado, en cambio, en Madrid, y Teruel ha sido el primer jalón del fracaso de Franco.»

El golpe de estado de Berlín y la nueva...

(Continuación)

ciero de altura del Reich, y del plan cuatrienal de Goering, y de la hostilidad a Inglaterra, y de la solidaridad con Italia, amigo poco seguro y deudor insolvente...

Contra el Ejército, contra la vieja diplomacia, contra la Banca y contra la gran industria, Hitler se ha arrojado en brazos del extremismo vesánico, partidario de intervenir más activamente en España, de seguir a Mussolini en su peligroso camino y de apoderarse de Viena y de Austria toda, mientras llega la hora de lanzarse sobre Checoslovaquia y de desafiar a Rusia.

Pero casi al mismo tiempo que Hitler daba el golpe de estado de Berlín, *The Financial News*, órgano de la City de Londres, después de decir que las medidas tomadas por Mussolini para llevar a Italia capital extranjero carecen de dignidad y no corresponden al decoro de una gran potencia, agregaba:

«Si Italia no hiciera una política exterior tan agresiva, encontraría fácilmente aquello que necesita.» O dicho en otros términos: Inglaterra prestará a Mussolini, en buenas condiciones, algunos millones de libras, si deja de inquietar a Europa y de amenazar al Imperio británico en el Mediterráneo y en África.

En una mano el pan... ¿El palo en la otra? Eden, por primera vez, ha pronunciado en la Cámara de los Comunes, refiriéndose a la guerra de España, palabras fuertes y concretas.

Mussolini tiene que optar. El dinero y la amistad inglesa, a cambio de un apaciguamiento que aleje de Europa el fantasma de la guerra. La ruina financiera y el salto en las tinieblas, si renuncia al uno y a la otra.

En Alemania, muchos se acuerdan de una frase de von Neurath: «Italia, como aliado, no puede inspirarnos confianza.»

parable que le dará la victoria, y que ya varias veces le ha salvado la vida. Allí está para él y para sus compañeros, el principio y fin de todas las cosas inmediatas. Están aquí, en este otro aeródromo, para cumplir con su deber, que tiene bien dirigido, y lo cumplirán pase lo que pase. ¿Que los demás no saben o no quieren cumplir con el suyo? ¡Allá ellos!

El joven piloto no lo dice. Ni siquiera lo insinúa; pero en el rictus de su boca expresiva se ve dónde radica su confianza y dónde comienza su escepticismo.

Unos cigarrillos franceses de obsequio. Son bien recibidos.

«Gracias».

—Hoy estamos tranquilos. Hasta ahora no hemos tenido que salir. Ayer tuvimos dos combates. Nosotros no tuvimos ni una baja. Tiramos un «Fiat». En realidad, en cuanto aparecimos, huyeron...

La conversación ha quedado detenida. Se mantiene en círculo. De un lado, en curva estrecha, apretujándose, queriendo sacar la cara por encima del hombro del compañero, varios hombres curiosos, vestidos de paisano, con abrigo y flexible. Enfren-

te, más espaciados, con motivo de examen, cuatro muchachos aviadores de la Escuadra Aérea española. Callan y atienden. No dicen más palabra que para contestar las preguntas que se les hacen. El interés de los demandantes crece por momentos.

El ajeteo facilita la encuesta. Mecánicos, soldados, auxiliares, pilotos, piden órdenes. El hecho de haber entre los diputados franceses dos que hablan el español, les convence sin ningún género de reservas de lo que se les ha dicho.

Al retirarse hacia los coches, escuchamos el momentario resumen:

—¡Todos, todos españoles!

La comprobación de nuestra verdad, que es toda la verdad, continúa...

(«La Vanguardia». Barcelona, 9 enero 1938.)

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

Cuando Marte está desencadenado

Los aviadores de Franco bombardean casi a diario Barcelona, Valencia y otras poblaciones abiertas. No se trata de operaciones militares, puesto que no contribuyen en absoluto a la continuación de las hostilidades. Se mata sencillamente para sembrar el terror, para satisfacer esa ferocidad elemental que la guerra despierta. ¿No nos cuenta Mussolini (hijo) la alegría que experimentaba en Abisinia cuando veía a centenares de negros, negros y negritos quemarse vivos en los incendios causados en los pueblos por sus bombas?

Después de largas deliberaciones, el Gobierno español decidió tomar represalias. Hizo bombardear Salamanca, y varios cientos de cadáveres han venido a aumentar la terrible cifra total. A ambos lados de la línea de fuego hay mujeres que lloran amargamente sobre los cuerpos destruidos de sus hijitos.

Se anuncia que las cancillerías se han emocionado — ¡por fin! — Se ponen de acuerdo y van a actuar. Yo deduzco de esto que van a enviar una nota a Salamanca y, sin duda, también a Barcelona, para guardar una simetría prudente. Esta segunda gestión parece inútil, puesto que el presidente Negrín se ha comprometido, como se sabe, a no bombardear ninguna población abierta si Franco adquiere el mismo compromiso. Conocemos también la cínica y cruel respuesta que ha dado el general rebelde.

Las potencias van a intervenir (si puedo decirlo así). Van a formular el deseo de que se «humanice» esta guerra que no se atrevieron a impedir. No podemos sino aplaudir una decisión tan nueva. Pero, ¿cómo no conservar un poco de escepticismo? La guerra no se humaniza, como no se enfía el fuego. Se apaga el fuego, si se quiere que no quememos. Se suprime la guerra, si queremos que no devaste ni envilezca. Pero, desde el principio, las potencias han impedido al Gobierno legítimo de España restablecer rápidamente su paz, cerrándole todos los mercados de armas. Y cuando, en seguida, la agresión extranjera se hizo manifiesta, estas mismas potencias se olvidaron de restablecer la paz internacional, su paz, como tenían el deber y los medios de hacerlo.

Ojalá que su tímida gestión de hoy sea el preludio de una acción mejor orientada y más viril que ponga un poco de orden y seguridad en nuestra Europa trastornada y restablezca el derecho.

No se podrá siempre dejar que los aventureros trastornen el derecho internacional.

Ya la piedad se conmueve ante una situación que no ha podido desarrollarse sino merced a la celeridad de los Estados.

Pronto serán los intereses vitales de las naciones los que no les permitan permanecer impasibles. La amarga experiencia ha demostrado desde hace tiempo que las naciones son mucho más sensibles a la consideración de sus intereses que a la de la humanidad y la justicia.

Estos intereses están cada vez más claramente comprometidos por la guerra que se desarrolla en tantos frentes y de la cual es hoy España uno de los mayores focos. El torpedeamiento del «Endymion» acaba de recordar a quie-

nes lo olvidaron las consecuencias que trae consigo la prolongación de la lucha en la península y en los mares que la rodean, pues la agresión de que ha sido víctima el barco inglés no es un suceso aislado y, en cierto modo, accidental. Es el síntoma de un mal profundo, que se desarrolla rápidamente, y del que sufre el comercio marítimo en una de las regiones más frecuentadas del globo y más esenciales para el mantenimiento de la vida internacional.

La coalición cuyo jefe nominal es Franco, no puede lograr su objetivo y dominar a España sino a condición de tener el dominio del mar. Ello por dos razones principales:

Primero. Porque saca de Africa y de Italia sus principales refuerzos y sus principales recursos, y quedaría aislado de sus bases si no dispusiese libremente de las rutas marítimas para sus transportes militares.

Segundo. Porque siendo ahora evidente la superioridad moral y militar de los gubernamentales, no puede esperar vencerlos sino por el hambre, aprovechándose para ello de la gran aglomeración de soldados y refugiados, de la necesidad que tienen de importar víveres y de que las comunicaciones terrestres son insuficientes.

Las fuerzas de Franco disponen de una flota cuya potencia material es, aproximadamente, la misma que la de la flota gubernamental; pero tiene una superioridad de hecho bastante clara, debido a las siguientes circunstancias, cada una de las cuales está unida a una violación evidente del derecho de gentes:

a) Porque obtiene una considerable ayuda extranjera bajo la forma de facilidades para reparar averías y hasta bajo la forma de nuevas embarcaciones, lo cual constituye una infracción de la ley internacional (no hablo del Convenio de la No Intervención), por cuanto se trata de fuerzas rebeldes, que luchan contra el Gobierno legítimo, y el carácter de esta ayuda no está modificado por un pretendido «agradecimiento», y de por sí contrario a la ley internacional.

b) Porque obtiene el concurso de oficiales de Marina extranjeros: violación de la ley análoga a la anterior.

c) Y, por último, porque, sobre todo, se apoya en excelentes bases de Marruecos (fortificadas por los alemanes) y de Mallorca (conquistada y organizada por los italianos): intervención de dos potencias fascistas, que constituye evidentemente una agresión caracterizada.

Merced a esta triple superioridad, bastante precaria por otra parte, aun les queda una probabilidad a los franquistas de lograr su mal golpe: pero no pueden lanzarse a ella sino violando el derecho, una vez más, y organizando un bloqueo que reúna todas las condiciones posibles de la ilegalidad.

Si se les deja hacer, no será España la única que sufra: se restablecería la piratería en pleno Mediterráneo y bajo la forma más perversa, pues la relativa debilidad de los rebeldes les lleva a torpedear los barcos lejos de las costas, sin preocuparse de la seguridad de las tripulaciones, cosa que las reglas marítimas condenan.

Toda la navegación mediterránea correría peligro. Las potencias marítimas perderían su prestigio y comprometerían sus fuentes de riqueza. Por grande que sea su pusilanimidad, no pueden dejar hacer.

En Nyon tuvieron un sobresalto

—modestísimo—de energía que bastó para evitar los torpedeamientos durante varios meses, lo que prueba que los perturbadores de la paz renuncian a sus malos designios cada vez que hallan frente a ellos una voluntad firme. Pero la energía no ha durado. Se ha permitido a los piratas que se tomen pequeñas libertades. Inmediatamente se las han tomado grandes, cada vez mayores, hasta el torpedeamiento de un barco británico que tan legítimamente ha indignado al mundo y tan gran sorpresa le ha causado...

Parece ser que la cruel lección que el acontecimiento enseña, será por fin comprendida.

Se refuerza la patrulla británica. Se le dan nuevas y más severas instrucciones. Podemos esperar que, al fin, se pacifique efectivamente el Mediterráneo.

Un grupo de parlamentarios británicos visita la ciudad de Teruel

(Por teléfono, de uno de nuestros redactores.)

Esta ciudad de Teruel, arrancada a las hordas invasoras extranjeras, puesta bajo la tutela de la España democrática, ha sido visitada por uno de los grupos de personajes extranjeros que recorren el territorio leal. Es un grupo heterogéneo que ha hecho posible el contraste de diversas opiniones en la visita a la vieja ciudad de los Amantes. Junto a un lord británico, un reverendo padre de almas; un antiguo obrero textil, hoy diputado, con otro diputado miembro del Consejo Nacional del Partido Laborista.

William Francis Hare — lord Listowel — es, además de diputado de la Cámara de los Lores, miembro del Consejo Supremo de la ciudad de Londres. Hijo de una de las familias más conocidas de la aristocracia inglesa y estudiante y doctor de la Universidad de Oxford. Ingresó hace doce años en el Partido Laborista. En octubre de 1934, con la diputado Elen Wilkinson — que hace una semana estuvo con nosotros — fué a Asturias.

—Conozco bien a los que combaten a la República, a los que no han regateado, en su traición, vender su propia patria al extranjero — nos dice lord Listowel en Teruel —. Los conocí durante la bárbara represión de Asturias de 1934, que hoy se repite allí y en el resto de la España fascista. En lo que se refiere a su barbarie, no podría imaginarla tan abominable al contemplar estas ruinas...

Lord Listowel está contemplando los enormes montones de escombros del Seminario, del Gobierno civil, del Banco de España... donde niños y mujeres quedaron sepultados o murieron de hambre y de sed.

Las autoridades militares de Teruel acompañan a la expedición británica. Nos encontramos ahora en el palacio del Obispo de Teruel. Hace unos días que los «Junker» hitlerianos lanzaron unas bombas incendiarias sobre este edificio. Aunque los desperfectos no han sido muy importantes, se notan, sin embargo, en la capilla particular, donde un hermoso retablo italiano ha padecido el bautismo de metralla nazi.

El régimen de terror, la mejor arma de Martínez Anido

Jefes y oficiales fusilados. — Otra vez la ley de fugas

Frente del Este, 8. — Para dar una idea del régimen de terror implantado por Martínez Anido, daremos cuenta de algunos hechos: «El día 21 del pasado mes de enero, fueron fusilados dos coroneles, un comandante, dos capitanes y dos alféreces, por acusárseles de unos actos de sabotaje que culminaron en la voladura de unos polvorines; pero lo importante es que esos actos de sabotaje fueron preparados por cierto comisario de Orden público, brazo derecho del general.

El tal comisario murió finalmente asesinado, en ocasión en que se hallaba dominado por una tremenda borrachera.

También se debe a una patraña de Martínez Anido la explosión de un artefacto en una iglesia de Motril, cuando se celebraba un funeral.

A consecuencia de la explosión resultó muerto el comandante militar de la plaza. El hecho ha servido para encarcelar a más de quinientas personas, a muchas de las cuales se ha administrado ya la ley de fugas.»

Y el Mediterráneo pacificado quiere decir también España salvada del hambre, y que los niños no carezcan de leche. Quiere decir, por último,

que esta nación valerosa encontrará más pronto su paz y su libertad.

LOUIS DE BROUCKERE
(Le Soir, Bruselas, 5-II-1938.)

Aquí, el reverendo Hopkinson, de Londres, competente historiador, va examinando detenidamente algunas de las joyas artísticas que la barbarie fascista no ha logrado aniquilar. En la biblioteca episcopal, donde varios millares de tomos de inestimable valor llenan todos los huecos de las paredes, los ilustres visitantes ingleses gustan de contemplar minuciosamente los libros.

Sorprendemos al reverendo Hopkinson con un tomo encuadernado en pergamino.

—Es la «Crítica contra los jesuitas» — nos dice con aire de sorpresa —. No supuse que en la biblioteca del señor bispo de Teruel podría encontrar este volumen... Sólo recuerdo haberlo hallado, hace algunos años, en Méjico, en una misión franciscana...

La invocación de Méjico—ante el hallazgo de una célebre crítica contra la orden ignaciana—hecha por un sacerdote británico, nos parece a nosotros algo tan extraño, tan paradójico, que habríamos de dudarlo de no tener ante nuestros ojos el libro mencionado y al reverendo Hopkinson hojeándolo con avidez.

El palacio episcopal está ahora bajo la custodia del Ministerio de Instrucción Pública, que velará por su patrimonio artístico. El reverendo Hopkinson comprueba así que la España leal tiene sus organismos competentes para amparar y defender lo que los facciosos no saben ni siquiera respetar.

Junto a lo que fué casino turo-lense, hay una casa hundida. Una vivienda más donde, reconquistado Teruel, llegaron las bombas incendiarias de los impotentes enemigos. Queda aún en pie media pared de una habitación, y, arrinconados junto a ella, unos muebles cubiertos de escombros. Seguimos a la señora Gould, ex diputado del Parlamento británico y miembro del Consejo Nacional del Partido Laborista. Es ella quien nos descubre una cuna entre aquellos trastos. De esa cuna extrae la señora Gould un zapatito de niño.

La tragedia de Teruel no es solamente esa cuna hallada en medio de una casa hundida, ni ese zapatito que miss Gould ha guardado como una reliquia. Sin embargo, ¡cuán amarga es la evocación que miss Gould, lleva-

da de su ternura de mujer y de vieja luchadora proletaria, nos hace!

—El mundo entero debía asomarse esta tarde a este rincón de una vieja vivienda, entre cuyos escombros estarán los cadáveres de sus moradores. El mundo entero debía buscar a este niño, cuyo zapatito quedó en la cuna; y en esa vana y angustiosa tarea podrían comprender los más impasibles la verdad de esta guerra que padece el pueblo español con tanto estoicismo.

Fred Montagu es diputado por el distrito de Lington, de la circunscripción electoral de Londres. Nunca había venido a España, a la que amaba como nación romántica, como bello país de leyenda. Por encima del romanticismo legendario, Mr. Montagu ha comprendido, en Teruel, recorriendo con sus compañeros de viaje toda la ciudad, que España es un país de cualidades únicas.

—De cualidades únicas son cada soldado español, cada ciudadano de la República — dice —. Al hablar con habitantes de Teruel y comprobar su estado de ánimo, he de confesar que he llegado a sentirme un poco avergonzado. Como si tuviera yo la culpa de ser uno de los causantes de la desgracia de esta heroica población que, tras haber sufrido dieciocho meses de dominación fascista, ahora ha de soportar los criminales bombardeos aéreos de sus antiguos opresores.

—Eso es la «no intervención» — hemos interrumpido.

—Sí, no puedo olvidar que soy inglés. Mi pueblo se rebela contra las arbitrariedades que comete el Gobierno con respecto a la «no intervención». Y ante estas ruinas, ante esta tragedia inmensa, me siento indignado.

Intervenimos nuevamente:

—Pero, a pesar de todo, ya lo ve usted. Conquistamos a Teruel, y no cejaremos, a menos que no quede ni un solo español, hasta ver libre de la bota extranjera nuestro suelo.

—No sois sólo aquella España de leyenda y de romanticismo. Sois un pueblo único.

—Somos, sencillamente — objetamos nosotros —, eso: España.

NOTA INTERNACIONAL

Las democracias conminan a los agresores

Dos afirmaciones importantes llegan de Londres y Tokio: el acuerdo del Gobierno inglés de tomar represalias contra los rebeldes españoles tan pronto como ataquen a un buque británico, y la nota de los Estados Unidos al Japón sobre armamentos navales. Ambos acontecimientos señalan un cambio de rumbo evidente en la conducta de las democracias, a las cuales, según la frase de Eden en los Comunes, parece «habérseles agotado la paciencia».

Claro que esta actitud la apreciamos principalmente como síntoma de lo que puede suceder más tarde. El hecho de que un gran país como el Reino Unido conmine a unos rebeldes para que no sigan perturbando la navegación normal de los buques mercantes, es una medida mínima que debió haber sido tomada hace muchos meses, cuando comenzaron los actos de bandidaje y piratería. En el silencio observado hasta ahora por Inglaterra, se advertía la concesión implícita de que los desmanes del mar y del aire no eran cosa exclusiva de Franco, sino de sus cómplices y colaboradores, los intervencionistas italoalemanes. El Gobierno inglés ensayó la «no intervención» durante mucho tiempo, quizá pensando que los invasores de España rectificarían su conducta y se avendrían a desinteresarse de lo que tanto en Italia como en Alemania muchísimas personas de calidad denominan «la aventura española». La teoría de la localización de la guerra fué desarrollada en toda su extensión por Inglaterra y Francia, que, al fin, parecen convencidas de la falsedad de esta teoría.

No hace falta ser demasiado perspicaz para darse cuenta de que el «últimatum» a Salamanca es el reconocimiento de que la política seguida hasta ahora por las democracias en el conflicto de España se ha hundido definitivamente, y que es necesario emprender una acción distinta para detener a los agresores, que han llegado a poner en peligro intereses vitalísimos de las naciones promotoras de la «neutralidad». Franco, en la guerra de España es el testaferro del fascismo

europé, que ahora parece más dispuesto que nunca a concentrar sus esfuerzos en la Península para lograr la consolidación de posiciones estratégicas fundamentales en la próxima guerra general.

Un periódico inglés ha querido demostrar que los submarinos piratas del Mediterráneo no son más que tres: uno hurtado por Franco a la República a raíz de la sublevación, y dos más que le fueron vendidos por Italia. El «Foreign Office» sabe, sin embargo, que la piratería está ejercida en gran escala, porque actúan contra el tráfico comercial sumergibles y buques de línea que no pertenecen a los rebeldes españoles, sino a los intervencionistas, cuyas unidades navegan constantemente por estos mares. Es claro que si Inglaterra adopta la determinación de tomar represalias contra los Estados cuyos buques y aviones atacan a los suyos, no excluirá en manera alguna a Italia y Alemania que, de ahora en adelante, difícilmente lograrán la impunidad.

Esa es la nota enérgica de Inglaterra, que hace variar notablemente el panorama de las relaciones internacionales. El otro hecho resulta también en estos momentos harto significativo. Los Estados Unidos conminan al Japón para que declare si continúa fiel al convenio de limitación de armamentos navales, violado ya de hecho con los proyectos de nuevas construcciones. Después del bluff de la Conferencia de Bruselas, donde el Japón, con la complicidad del Extremo Oriente, las claudicaciones no pueden repetirse. Norteamérica se rearmará y, con la adhesión de Francia y de Inglaterra, se muestra inclinada a contener las audacias del imperialismo japonés, conjurado para apoderarse de China.

El cambio de orientación de las democracias en política exterior, tal como se deduce de esas dos resoluciones, revela que la opinión pública ha sabido presionar a sus Gobiernos con firmeza suficiente. Ha visto dos peligros que la agresividad fascista opone a la causa de la paz y de ahora en adelante habrá que contar con ella.

El cinismo nazi insinúa trágicas predicciones

Berlín, 9. — Los pocos periódicos alemanes que comentan el viaje de los reyes de Inglaterra a París, lo hacen en forma misteriosa. Por ejemplo, la *Deutsche Allgemeine Zeitung* dice:

«No podemos dejar de recordar que el 28 de junio es el aniversario del «Diktat» de Versalles y del asesinato del archiduque Austria en Sarajevo.

»Finalmente, ponemos de relieve que poco antes de estallar la guerra mundial, Jorge V visitó Francia.» — Fabra.

Todo se vino a tierra, porque el doctor Castro, cuando al fin fué liberado, confió en secreto lo que le había sucedido, a un cuñado suyo, el doctor Freyre, médico de Bouzas, quien aconsejó a su pariente que no se resignase y denunciara la extorsión de que se le había hecho víctima. El doctor Castro, a pesar de ser hombre conservador, y de sus simpatías monárquicas, que le habían llevado a hacer un donativo de un kilogramo de oro para el Ejército y a celebrar una comida en su casa, en la que ostentadamente había hecho gala de monarquismo—era antes de la sublevación—colocando la bandera roja y gualda sobre los manteles; a pesar de todo esto, no se atrevía a hacer la denuncia, pues sabía que eran muchas y poderosas las personalidades fascistas que estaban comprometidas en el tráfico de detenidos, con lo que arriesgaba que de la noche a la mañana le asesinasen una cuadrilla de falangistas. Esto fué lo ocurrido al doctor Taboada, cuya muerte he relatado antes, el cual fué sacado de la cárcel y asesinado al día siguiente de haber firmado un cheque de 15.000 pesetas, según pudo comprobarse por los asientos bancarios. Es más: la tarde misma del día en que lo asesinaron, se había decretado su libertad. Era lógico que el doctor Castro no se decidiera a delatar nada; pero, como era hombre de convicciones derechistas, tuvo ocasión de llegar directamente hasta un jefe del Ejército no corrompido, y se atrevió a denunciárselo. Aunque el asunto se llevó con gran sigilo, los dos compadres, Lago Lua y Bustelo, fueron depuestos de sus cargos, encarcelados y sometidos a proceso. Al verse perdidos, los dos encartados pudieron tirar de la manta y denunciar a sus cómplices, revelando los nombres y los cargos de los jefes de Falange y de los militares que estaban positivamente comprometidos, con lo que hubiesen puesto al descubierto la podredumbre del régimen «salvador de España». Lo hubieran hecho, sin duda, si no se les hubiese insinuado que, absteniéndose de hacer revelaciones que pudiesen causar descrédito a las autoridades superiores y resignándose a que aparentemente se les condenase sin mayor escándalo, serían en última instancia gratificados, y el proceso quedaría simplemente en una hábil comedia, representada sin otra finalidad que la de salvar las apariencias. Los tuvieron así, esperanzados, hasta el último momento, y pudieron fusilarles sin que tuviesen ocasión de delatar a sus elevados cómplices. Algunos de éstos fueron señalados claramente, sin embargo, por las medidas gubernativas que contra ellos se tomaron. Aunque se echó tierra al asunto, fueron destituidos el capitán Cándara, jefe de la oficina de Orden Público, y el teniente coronel de la Guardia civil, Macarrón Piudo, que desempeñaba el cargo de gobernador de la provincia de Pontevedra. En el «Diario Oficial» del 3 de septiembre apareció la destitución de este último y su separación del Cuerpo, claros es que sin decir las causas verdaderas, sino «por ser persona desafecta al régimen»; por lo visto, un terrible revolucionario, un marxista peligroso, al que ellos mismos habían confiado el gobierno de la provincia.

El régimen de la prisión no mejoró cuando nos vimos libres del carlista Lago Bua. Seguía siendo tan arbitrario e inhumano, aunque fuesen otros los verdugos.

Uno de los agobios más penosos de soportar, era el de la ingerencia clerical en la prisión. Las coacciones que se ejercían sobre los presos, en cuenta de la religión, eran vergonzosas. Era obligatorio oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, fuesen cuales fuesen las creencias de los detenidos. Para confesar y comulgar había que ir «espontáneamente» a apuntarse. Yo, al principio me resistí a hacerlo; pero cuando vi que era quizás el único que faltaba en la lista y que mis compañeros de prisión, asustados, esperaban que cayesen sobre mi cabeza no sé qué terribles represalias, fui tan «espontáneamente» como todos los demás. Me alegré después de haberlo hecho, porque así tuve ocasión de dar cuenta de cómo sentían y pensaban aquellos religiosos que respaldaban con la cruz la infamia del fascismo.

Me tocó confesar con un padre carmelita, al que le interesaban, más que mis pecados, mis ideas políticas. Le dije que no tenía ninguna y que en realidad ignoraba por qué me habían llevado allí. Me replicó que era necesario tener ideas políticas, claras y bien definidas, que había que combatir el marxismo, que no se podía ser tibio ni indiferente y que el peor pecado que podía cometer un cristiano era el de no luchar por su fe muriendo y matando. «¡Matar es bonito!», decía. «¡Aun no se han matado bastantes rojos! ¡Hay que arrancar hasta la semilla! ¿Qué se creían los españoles? ¿Que los católicos no éramos capaces de matar? ¡Lucharemos y mataremos sin piedad, mientras sea necesario!»

Así siguió subiéndose de tono hasta que me consideró anonadado y contrito, y entonces, después de haberme impuesto una penitencia, me dió su absolución y siguió adoctrinando reclusos con sus bélicas y terroríficas arengas. Me alegré de haber oído de los labios de un sacerdote aquellas palabras de odio, que me confirmaron en mi idea sobre el infamante papel que la religión hace al servicio del fascismo.

Aquel padre carmelita no era una excepción. Teníamos en la cárcel un capellán, el Padre Nieto, jesuita grande, fuerte, bruto, de esos típicos jesuitas de arado, que todos los domingos desde el púlpito, después de la misa en la capilla de la cárcel, predicaba que había que exterminarnos. La capilla de la cárcel de Vigo está abierta a los fieles del barrio: los presos oíamos la misa desde una galería que hay en la parte alta del templo, separada de éste por una rejilla de gruesos barrotes, y allí servíamos de ejemplo vivo para la oratoria tremebunda del Padre Nieto.

Este nos dedicaba, además, algunas predicas especialísimas. En una de ellas, que pronunció en el frontón, cuando yo estaba allí, le oí decir textualmente:

«En estos tiempos heroicos, hay tres maneras de morir: en la cama, cuando el señor nos llama a su seno; en el frente, ganando honra y gloria para la Patria, y en la carretera, como perros rabiosos.»

(Continuará.)

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XV

(Continuación)

El Gobierno de Buenos Aires se desentendió de ellos; pero, a pesar de todo, el absurdo decreto del generalísimo tuvo que ser revocado pocos días después.

A fines de agosto fuí procesado y entonces me trasladaron del frontón a la cárcel de Vigo, lo que consideré como una gran fortuna, aunque también de la cárcel sacaban los falangistas a los presos para asesinarlos; pero estando allí y ya sometido a proceso, era menos probable que lo hicieran. La prisión, menos dura e incómoda, era el lazareto de San Simón, al fondo de la bahía, pues allí los presos disfrutaban de mayor libertad; pero el riesgo que se corría de aparecer asesinado en la playa de Cesantes era mayor que en la cárcel de Vigo, por la impunidad con que allí podían actuar los falangistas.

Ingresé, pues, en la cárcel ya procesado y con mis papeles en regla. Por cierto que en los certificados de penales que expedían las autoridades fascistas se consignaba que eran dados en Burgos, «según los datos recogidos en este archivo a partir del 1 de julio de 1936». Es decir, que el nuevo Estado totalitario hacía prácticamente borrón y cuenta nueva. Así se explica que tanto malhechor y tanto delincuente profesional haya pertenecido y pertenezca a Falange Española.

Allí en la cárcel, el que mango-neaba era un inspector de Prisiones, llamado Fernando Lago Bua, que había sido árbitro de fútbol y era muy conocido en Vigo por sus ideas políticas reaccionarias. Este individuo, que había estado ya antes destinado en la cárcel de Vigo, fué castigado y trasladado a Burgos o a Pamplona

al triunfar en las elecciones el Frente Popular, pues durante la etapa radical-cedista había hecho objeto de vejaciones y malos tratos a los presos políticos de significación izquierdista, mientras tenía toda clase de complacencias y aun complicidades con los fascistas encarcelados.

Lago Bua fué el primer carlista que apareció en Galicia con su boina roja. Al estallar la sublevación militar, se presentó al general Mola en Burgos o en Pamplona, le contó que el Frente Popular le tenía allí castigado por su notorio antimarxismo y, gracias a estos méritos, volvió a Vigo con su nombramiento de inspector de Prisiones en el bolsillo y una boina roja, que era la primera que veían los gallegos.

Este personaje solía reunir a los presos en el patio de la cárcel para pronunciarles arengas patrióticas y amenazarles con terribles castigos. Tenía la costumbre de dirigirse a la palabra, jugueteando distraídamente con su pistola. Un día se encaró con el preso que tenía más cerca, y poniéndole la pistola en el pecho, le conminó:

—Di «¡Viva España!»

El preso, con voz desmayada, dijo:

—¡Viva!

Se puso furioso.

—¡No; así, no! Grita. ¡Grita, o te mato!

Y le apoyaba el cañón de la pistola junto al corazón.

—¡Viva España!—gritó el preso.

—¡Más fuerte!

—¡Viva España!

—¡Más fuerte aún, hijo de perra!

—¡Viva... Españaaaa...! —rugió desgañitándose el infeliz.

Todos tuvimos una sensación angustiosa, de asco más que de terror. Lago Bua enfundó su pistola murmurando:

—¡Cobardes! ¡Ni siquiera saben morir!

Este personaje se hizo íntimo amigo del médico de la cárcel, don Francisco Bustelo, y entre los dos emprendieron un lucrativo negocio, a base de los presos que se hallaban en buena posición económica. Se trataba sencillamente del tráfico con los detenidos. Al principio, se dedicaron cautelosamente a explotar sólo a aquellos presos que, según sus referencias, iban a ser liberados en breve plazo. A los que se hallaban en tales circunstancias, el Bustelo les proponía gestionar su libertad mediante algún dinero, que, según decía, sería preciso repartir entre varios funcionarios; el Lago Bua confirmaba luego la oferta de su cómplice, que hacía la función de «gancho», y el detenido se apresuraba a hacer que su familia entregase las cantidades exigidas, o a firmar, él mismo, los cheques necesarios. Pronto aquellos dos hombres codiciosos ensancharon su negocio dedicándose a extraer fuertes sumas a los presos adinerados, tuvieran o no probabilidades de ser puestos en libertad. Hubo un preso, hombre de derechas por cierto, el doctor don José Ramón de Castro, al que con promesas de liberación, que nunca se cumplían, llegaron a sacar un dineral. Según parece, el doctor Castro les firmó cheques por valor de 40.000 duros. Ya con estas disponibilidades económicas, el Bustelo y el Lago Bua intentaron con éxito la probabilidad de sobornar efectivamente a jueces, magistrados y autoridades, dedicándose al negocio en gran escala. Lago Bua se había quedado, además, con la contrata de la alimentación de los presos del lazareto de San Simón y, al mismo tiempo, con la cantina de esta prisión.

La caricatura y la guerra

SUPLEMENTO GRÁFICO DEL «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN»
 SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ DU «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN»
 GRAPHIC SUPPLEMENT TO THE «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN»
 SUPPLEMENTO ILLUSTRATO DEL «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN»
 GRAPHISCHE BEIGABE DES «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN»

I



FRANCO DESISTE FRENTE A TERUEL

El general alemán. — No se preocupe usted, señor generalísimo, será más fácil cambiar de lugar a Teruel, que tomarlo. Y vuestra gente se pondrá tan contenta. ¡Son tan infelices!
 ("La Humanitat".)



EL PASO DE LA OCA EN ITALIA

— Así, al menos, ya están entrenados para cuando en España les hagan "estirar la pata".
 ("Solidaridad Obrera".)

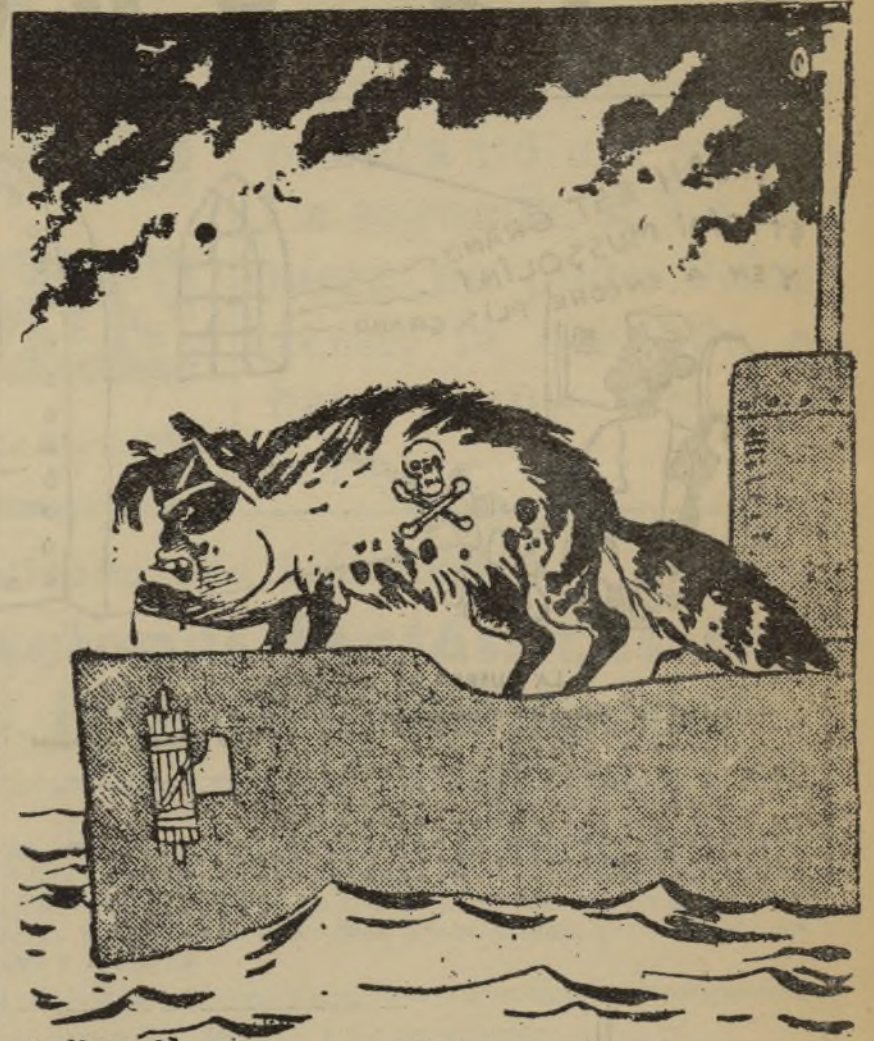


EL PACTO GERMANO-NIPON

— Y luego nos volveremos arios grandes y rubios...
 ("Solidaridad Obrera".)



"La Casa Krupp ha dado este año un dividendo de 5 por ciento, en lugar de los 4 del pasado año." (De los periódicos.)
 — ¡Viva la guerra!
 ("Claridad".)



Mussolini a la deriva.

("Journal de Moscou".)



EN EL PRECIPICIO

Franco. — Soy el más grande de todos. Tengo que luchar con dos ejércitos: el de la República y el mío.
 ("La Vanguardia".)



ADVERTENCIA AL MUNDO

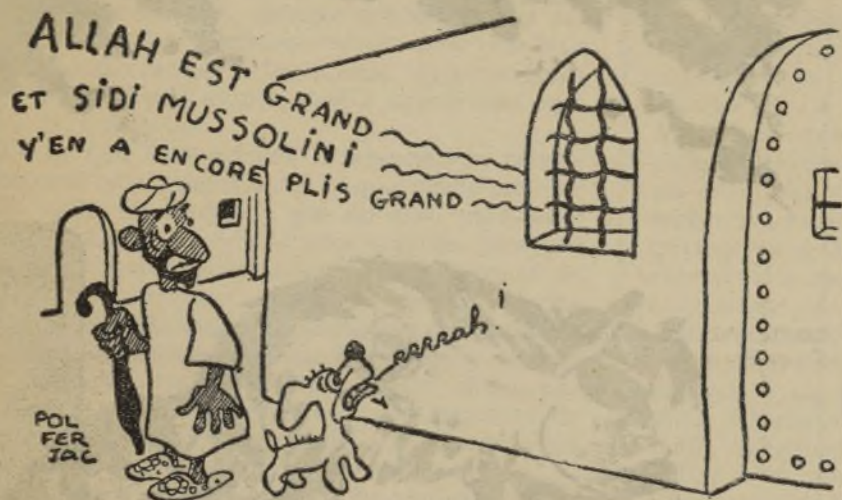
El Japón. — Y éste es el trato de favor que concedo a mis hermanos de raza!...
 ("Le Populaire".)

SUPER-NAZI



— ¡Cómo! ¿Estás comiendo hierba? ¿Estás loco?
 — No, señor guardia; sencillamente es que me adelanto dos años en el plan cuadrinal.
 ("L'Ordre".)

La caricatura y la guerra



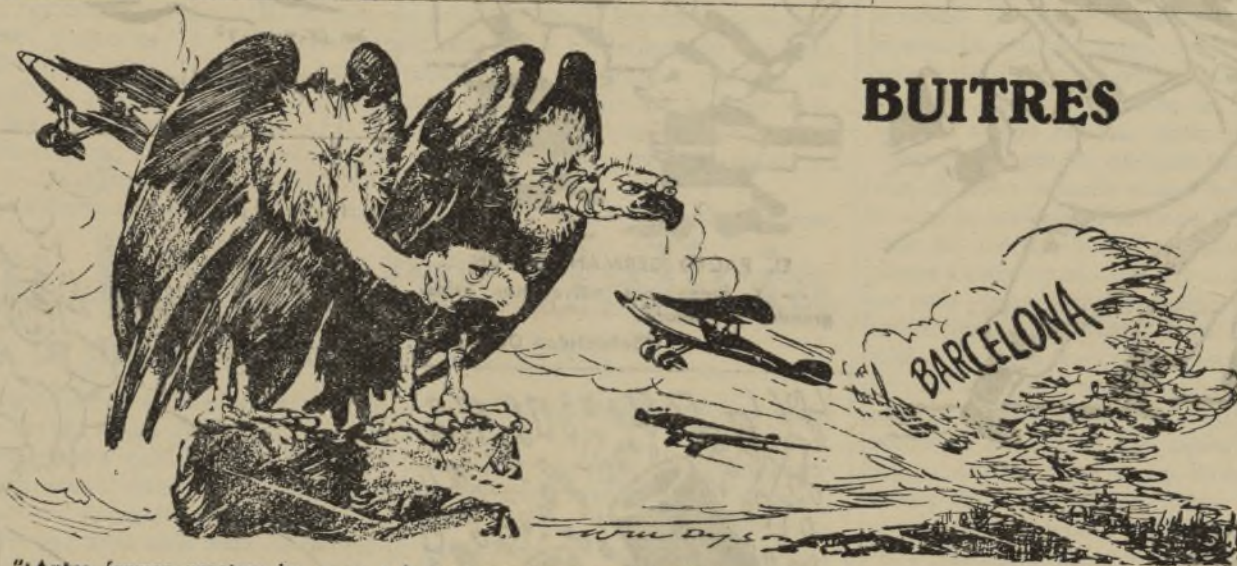
LA GUERRA DE LAS ONDAS
— Atíxal, el "speaker" desconocido.
("Le Canard enchaîné".)



La Paz.
("Las Noticias", Barcelona.)



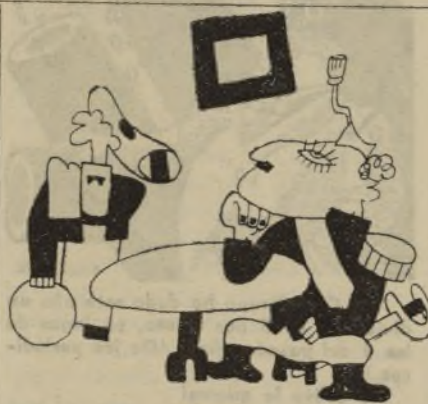
LIBERTAD DE CULTOS
— Voy a la Mezquita a buscar un poco de consuelo.
— ¡Ah!, entonces yo me iré al Consulado italiano a buscar un poco de dinero.
("Dimanche Illustré".)



BUITRES
"¡Antes éramos nosotros las cosas más repugnantes que volaban!"
(Los periódicos han publicado la noticia según la cual durante un bombardeo aéreo sobre Barcelona han muerto 400 personas y han sido heridas 1,200.)
("Daily Herald")



DESVARIOS DEL "SPEAKER" SEVILLANO
— ¡Cómo se ha puesto Queipo con lo de Teruel!
— Sí, ha sido un mal trago...
("La Correspondencia de Valencia".)



OBSESION
— ¿Qué quiere usted tomar, general?
— ¿Quién, yo? Me contentaría con que me dieran lo que me han tomado!
("Meridià".)



AVES DE RAPIÑA
El cuervo. — A mí me gusta la carne de animales jóvenes.
El Franco. — Y a mí la de mujeres y niños.
("La Rambla".)